



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9572

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 28 DE SEPTIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Presas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Herrajes de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Injertadoras.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Capillos, cadenas, lesiches, etc. para hocoyes.—Bombas de trasego y otras.—Armarías especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Cadenas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustras etc.—Básculas sin numeración.—Vía estrecha para trasportar frutas.—Wagoncillos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

COLABORACION INEDITA.

EL DESPERTAR DE CONSUELO.

—No creo que tenga V. tan buena memoria! me dijo la señora de Ulibarri. Era una hermosa jomona de cuarenta años, espléndida, robusta, de blanca tez, de negros ojos boca chiquirritica, mejillas redondeadas, con picareaco hoyuelo en la barba.

Mientras me hablaba se abanicaba perezosamente arrellenada en una mecedora, y sonreía escuchando al sonreír sus preciosos dientes chicos menudos y blancos.

Tengo más memoria de la que V. cree, hubs de contestarla.

—Podíamos probar.

—Si V. se decide á hacerme confesión de sus pecados.

—Siempre que sea V. un confesor indiscreto...

—Oh! Eso nunca!

—Y que no me imponga mucha penitencia...

Soy indulgente!

Empiece V. entonces.

Empiezo.

Haga V. cuenta que entono el Yo pecador.

—X que yo la bendigo.

—Nada de equívocos.

—Empiezo, pues y para que V. vea hasta que punto conozco el estado de su conciencia, será yo, no usted, quien diga sus pecados. Si me equivoco.

—Aquí está la penitencia para rectificarle.

—Perfectamente.

..

De todos los días de su vida me bastará uno solo para recordarla su gran pecado, casi su pecado único.

Era estilo de novela por entregas.

Era una mañana hermosa, azulada y tibia de primavera. ¿Recuerdo bien?...

—Pchis. ¿Puede ser! me contestó Consuelo haciendo un gracioso meñu.

V. acababa de salir de las Ursulinas en donde había aprendido á decir maquinalmente: *Bonjour ma demoiselle.*

—Es verdad!

—Cuando se tienen quince años, las mujeres gustan mucho de mirarse al espejo, aun siendo feas. A las que son como V. hermosas no hay que decir si les agrada adorar su imagen en los cristales azogados.

—La juro á V. que...

—No me jure V. nada.

Sería capaz de volverme loco buscando una fórmula para desmentirla sin descortesía.

Era V. entonces como una flor recién abierta.

Tenía V. sus ensueños místicos, como una Sta. Teresa.

Cuando iba á las 40 horas y veía la custodia lucir con el brillo de un sol de fuego entre constelaciones de diamantes, sentía V. cosquilleos dulcísimos en el corazón y como ganas de llorar...

—Eso... sí!

—Y el humo del incienso la producía castísimo deleite. Y las notas del órgano embargaban sus oídos y veía V. como en sueños, la gloria prometida á los católicos, una especie de océano de luz esplendorosa como de vapores de oro incandescente, en donde flotaban ángeles de alas nítidas, vestidos de túnicas como tegidas por las rosas de Abril cantando con voces de infinita ternura al Padre Eterno que V. no se atrevía á mirar de frente...

—En eso acierta V.; si que acierta. Y vela también, entornando los ojos, unos angelitos muy guapos y retozones, chiquitines que volaban de acá para allá, como mariposillas.

—Por cierto que el padre José me dijo que debia huir de estas visiones que tenían no se que de paganas.

—En esta situación de ánimo, amiga mía, la sorprendió su señora madre para anunciarla con la discreción con que las madres anuncian estas cosas á sus hijas, que pensaban casarla con su primo Indalecio Ulibarri.

—Bah. ¿Eso no tiene gracia!

Eso lo sabe todo el mundo! Pero ¿y mi gran pec. do?...

—A eso voy.

Al día siguiente de este anuncio que le turbó á V. bastante, V. estaba sentada, como ahora, en una mecedora, pero no como ahora, en un gabinete tan hondo como este.

Vivian Udes. en su pueblecillo de la provincia de Sevilla, en una quinta poblada de naranjales y jazmines, tomillos y olorosos árboles frutales, claveles, azucenas, mandreselvas, enredaderas, parras frondosas, arroyuelos, amapolas... Las mariposas revoloteaban como sus caprichos de Ud. entonces, de un objeto á otro, sin dar un momento de paz á las alas ligeras. Parleteaban los mirros y los jigueros que era un encanto oírlos. Zumbaban regocijadas las abejas. Jagueteaba la brisa en los matorrales, en las

altas copas, en los bosquecillos sombríos, sobre las espigas de los sembrados que balanceaba muellemente, con movimientos parecidos á las olas del mar en un día sereno...

—Siga Ud....

Ud. estaba vestida con una bata blanca salpicada de lasca roja. Llevaba sujetos los hermosos cabellos por una cinta de raso blanco y tenía, entreabierto, sobre la falda un tomo de poesías de Arolas...

—Es verdad.

—Quedose Ud. como traspuesta, entornando los ojos perezosamente después de regalarlos con la deliciosa perspectiva del paisaje ¿Qué soñó Ud.? Lo ignoro. Acaso usted misma no lo recuerda; pero Ud. soñó algo que ofendió su pudor doncellil y casto, sin asomo de malicia alguna, por que se irguió alarmada, encendidas las mejillas, medrosa y como atónita la mirada, dejando caer al suelo el tomo de Arolas y gritó:

—Padre! Padre!

—¿Que es eso? le preguntó cariñosamente asombrado el autor de sus días.

Somós nosotros! este joven es D. Indalecio Ulibarri, tu futuro esposo.

Ud. vió á un hombre de sólida contestura, vulgar continente, mirada ineexpressiva, como hecha para reparar errores y agrupar guerrimós. ¿A qué hablar más? Ud. acababa de soñar con un gallardo mancebo que era el esposo que esperaba.

Indalecio, no era, decididamente, el ideal que Ud. había soñado...

—Pero ¿y mi pecado?—me preguntó Consuelo.

—Ese: soñar, para despertar después en brazos de ese hombre de bien, hombre de bien sin duda pero....

—No siga Ud.; pero, replicó Consuelo, es mi marido y soy feliz, muy feliz... Y rompí á llorar desconsolada...

Excuso decir á Udes. que no rae

creí en el caso de imponer á Consuelo penitencia alguna.

¿Para qué?

En todo caso quien la merecía, no era ella.

José Miralles y González

Septiembre del 93.

(Prohibida la reproducción).

Paulino Pallás.

«El Noticiero Universal» de Barcelona hace el siguiente retrato del famoso anarquista que ha logrado fijar sobre sí la atención pública.

«Hombre de buenos antecedentes, laborioso, amantísimo de su familia, sin amistades sospechosas, esto nos han dicho de Paulino Pallás cuantos le conocen. Hemos comprobado que su vida y sus costumbres no hacían sospechar fuese capaz de cometer un hecho como el del domingo.

Pallás es anarquista-comunista; es lo que entre los que profesan las ideas anárquicas se llama «un aislado», es decir, un individualista. Sabido es que las modernas ideas de los anarquistas avanzados sobre acción revolucionaria es el aislamiento absoluto del individuo, pues así se evitan los numerosos inconvenientes que la asociación presenta para sí en responsabilidades en los fracasos revolucionarios.

A Pallás no se le ha visto nunca en «meetings», mítines ni manifestaciones de ninguna especie. Al igual que Mavachol, Mathieu, Pini y otros, Pallás vivía reconcentrado, meditando en la soledad el medio de poner en práctica sus ideas.

Se ha dicho que ha viajado por Francia é Italia; se ha dicho también que poseía singular instrucción y cultura; lo cierto es que tiene un caudal no muy abundante de conocimientos científicos y algunas oscuras ideas sobre literatura, fruto de la asidua lectura de periódicos y revistas anarquistas.

Pallás era apreciado en su barrio por sus convecinos: ninguno de éstos sabía nada acerca de sus ideas. Todos los individuos de su familia eran igualmente estimados, habiendo causado gran impresión en Sans la noticia del atentado, y el registro llevado á cabo en casa de Pallás por la policía. El resultado de esta diligencia fué hallar diversos ejem-